

EL AMOR DE DIOS

Padre RANIERO CANTALAMESSA

En nuestra relación con Dios, antes del deber y del mandamiento siempre está el don, el don de Dios. Antes de pedirnos algo, Dios nos da algo, nos da su amor. Antes de empezar algo es necesario poner el amor de Dios ante todos. Él quiere asegurarnos su amor.

Resumiremos el mensaje del amor de Dios en tres grandes palabras que encontraremos en la carta de S. Pablo a los Romanos. Este texto se encuentra al inicio de la carta a los Romanos y dice así:

“A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos, gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”

Y como la Palabra de Dios es viva y eterna, esta carta a los Romanos es una carta también para nosotros hoy y por lo tanto la podemos leer así:

“A todos los que estáis aquí, amados de Dios y llamados a ser santos, gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.” AMEN.

La expresión **“amor de Dios”** tiene dos acepciones muy diversas entre sí. Una en que Dios es objeto y otra en que Dios es sujeto. Una, que indica nuestro amor a Dios y otra que indica el amor de Dios a nosotros. La naturaleza humana es proclive a ser activa más que pasiva, ha concedido siempre la primacía al primer significado, es decir, al deber de amar a Dios. Incluso, la predicación cristiana muy a menudo en el pasado ha seguido esta vía, al hablar en algunas épocas casi solo del mandamiento de amar a Dios y de los grados de este amor a Dios.

La Revelación, sin embargo, da la primacía al segundo significado, al amor de Dios para nosotros. Decía un filósofo muy famoso de la antigüedad, Aristóteles, que Dios puede ser amado, pero Dios no puede amar a los hombres. Él mueve el mundo, decía, en cuanto es objeto de amor, en cuanto es amado, no en cuanto ama, porque no puede amar.

La Biblia sin embargo dice lo contrario, que Dios crea y mueve el mundo en cuanto ama. Lo más importante en cuanto se refiere al amor de Dios no es, pues, que el hombre ame a Dios, sino que Dios ama al hombre y lo ama primero.

“En esto consiste su amor, dice S. Juan, no somos nosotros los que hemos amado a Dios, sino que es Dios quien nos ha amado a nosotros.”

Lo que pretendemos en esta enseñanza, hermanos, es restablecer el orden revelado por la Palabra de Dios, volviendo a poner el DON antes que el mandamiento, así como poner encima de todo el discurso simple y desconcertante que **DIOS NOS AMA**. Porque en verdad, de Él depende todo el resto, incluida nuestra misma posibilidad de amar a Dios.

“Nosotros amamos porque Él nos amó primero”, añade S. Juan.

“Toda la Biblia, observa S. Agustín, no hace más que narrar el amor de Dios. Ésta, por así decir, está impregnada de ese amor. Esta es la noticia que sostiene y explica todas las demás, incluida la gran noticia de estos días: SED SANTOS, todo depende del amor de Dios. El amor de Dios es la última respuesta a todos los por qué, el por qué del hombre y de la Biblia, por qué de la Creación, por qué de la Redención, por qué de la Encarnación, por qué el sufrimiento humano. Si toda la Biblia, hermanos, se pudiera transformar de palabra escrita en palabra pronunciada, se convertiría en una única voz, esta voz gritaría, más poderosa que el fragor del mar, DIOS OS AMA, el Padre os ama. Todo lo que Dios hace y dice en la Biblia es amor, incluso la cólera de Dios no es más que amor. Dios es amor, dice S. Juan.”

Decía un gran filósofo del siglo pasado, que era también un gran creyente, **No importa si Dios existe**, (imaginad, él se atrevía a decir esto), **importa saber si es Amor. Porque si Dios existiera y no fuera amor ¡ay de nosotros!** Y la Biblia nos asegura precisamente esto, que Él es amor.

El Evangelio, dice S. Pablo, ha sido prometido por Dios en la Escritura por medio de sus profetas y también, por lo tanto, el amor de Dios ha sido anunciado primero a la humanidad por medio de los profetas. Escuchamos, por tanto, algunas voces de los profetas que nos hablan del amor de Dios. Dios ha preparado a estos hombres, los profetas, y les ha dado un corazón especial, rico, de todas las tonalidades, para hacer de ellos los amigos del Esposo, los anunciadores del amor de Dios.

En los profetas Dios nos habla de su amor, sirviéndose sobre todo de la imagen del AMOR PATERNO.

Por ejemplo, en el **profeta OSEAS** leemos:

“Cuando Israel era niño, Yo le amé. Yo enseñé a andar a Efraim (poned vuestro nombre en lugar de Efraim o de Israel, porque así tenemos que hacerlo). Yo lo llevé en brazos. Con correas de amor lo atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien levanta un niño hasta su cara.”

El pueblo continúa siendo duro para convertirse. Cuanto Dios más atrae a los hombres a Sí, tanto más dejan de comprender y se vuelven hacia los ídolos. ¿Qué debe de hacer Dios en esta situación? ¿Abandonarlos, destruirlos? Dios aparta al profeta de su íntimo drama, de una especie de debilidad, de impotencia en la que Él se encuentra, a causa de su entrañable amor por su criatura. Dios siente un dolor punzante en el corazón al pensar que su pueblo pueda ser destruido.

Dice Dios todavía en el **profeta OSEAS**:

“Mi corazón se revuelve dentro de mí y todas mis entrañas se estremecen de compasión.” ¡Es Dios que habla así!

Un hombre podría desahogar el ardor de su ira y normalmente lo hace, pero Dios no, no puede, porque Él es amor.

Ahora en el **profeta JEREMÍAS dice Dios**:

“Es mi hijo querido Efraim (de nuevo poned vuestro nombre), es el niño de mis delicias. Siempre que lo reprendo me acuerdo de ello y se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión.”

En estos oráculos el amor de Dios se expresa al mismo tiempo como **AMOR PATERNO** y como **AMOR MATERNO**.

El amor PATERNO, se sabe hoy por la psicología **está hecho de ESTÍMULO, de SOLICITUD**. El Padre quiere hacer crecer a su hijo y llevarlo a su plena madurez, Por eso, un padre difícilmente alaba de manera incondicional al hijo en su presencia, tiene miedo de que crea que ya ha llegado a su meta y ya no progresa más ¿verdad? Por el contrario, él corrige a menudo al hijo, dice:

“¿Qué hijo hay a quien su padre no corrija?” Y también está escrito: **“El Señor corrige a los que ama.”**

Pero no sólo esto, el padre no tendría que ser solo uno que empuja, que estimula, sino uno que da libertad y seguridad en la vida. Y así es nuestro Padre celestial, Dios, Él se presenta a nosotros en la Biblia como nuestra **ROCA**, nuestro **BALUARTE**, nuestra **PODEROSA SALVACIÓN**.

El amor materno, en cambio, está hecho de ACOGIDA y de TERNURA. Es un amor **ENTRAÑABLE**, parte de las más profundas fibras del ser de la madre donde se ha formado la criatura y a partir de ahí se apodera de toda la persona, haciéndola estremecerse de compasión ante cualquier cosa, incluso si es terrible, que haya hecho un hijo si vuelve, la primera reacción de la madre siempre es abrirle los brazos y acogerlo. “Es mi niño”, parece decirle a los demás, casi excusándose. Si un hijo tras haberse escapado de casa vuelve, es la madre la que debe suplicar y convencer al Padre para que lo acoja y no le dirija demasiadas palabras duras.

En el ámbito humano, estos dos tipos de amor, **PATERNO** y **MATERNO**, siempre están claramente distintos, varones y hembras, padres y madres. En Dios, en cambio, no. Por eso, el amor de Dios se expresa a veces también explícitamente con la imagen del amor **MATERNO**.

“¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas?, dice Dios por el profeta Isaías, incluso si hubiera tales madres, ¡Yo no! Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré Yo”, dice Dios.

Cada una de estas palabras puede ser para uno en particular, cada una de las palabras que escucháis tratad de reconocer la que va dirigida a cada uno de vosotros ¡porque para Dios basta una palabra, una sola, para cambiar un corazón! Nosotros necesitamos muchas palabras, muchas horas para hablar, pero Dios no.

El hombre conoce por experiencia otro tipo de amor, ese del que se dice que es **“fuerte como la muerte y cuyas llamaradas son llamaradas de fuego”**, ya sabéis de que amor se trata. **También a ese tipo de amor ha recurrido Dios en la Biblia para darnos una idea de su apasionado amor por nosotros**. Todas las fases y vicisitudes del amor

matrimonial, porque de esto se trata, son evocadas para este fin en la Biblia. El encanto, por ejemplo, del amor en el estado naciente en el noviazgo:

“Recuerda tu cariño de joven, dice Dios en el profeta JEREMÍAS, tu amor de novia.”

Y después, **la alegría del día de la boda:**

“Como un joven se casa con una novia, la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo.”

Y después, el drama de la ruptura, porque en una historia de amor matrimonial hay un inicio, una plenitud, una crisis, y ¡ojalá! de nuevo una reconciliación. La crisis, el drama de una ruptura también está expresado en la Biblia. Dice Dios:

“Pleitead con vuestra madre, pleitead con ella, no es mi mujer y Yo no soy su marido. La mataré de sed”, dice Dios en OSEAS.

Y finalmente, el renacimiento lleno de esperanza del antiguo vínculo:

“Por tanto, mira, voy a seducirla, llevándomela al desierto y hablándole al corazón. En un arrebatado de ira te escondí un instante mi rostro, pero con misericordia eterna te quiero.”

Este amor matrimonial **es un amor ante todo de elección**, no se elige su propio padre o su propia madre, no, pero sí se elige a su esposa. Es, por tanto, un amor de elección y **el amor de Dios por nosotros es un amor de elección**. Él nos ha elegido. El amor matrimonial es también un amor de deseo, por eso si es verdad que el hombre desea a Dios es verdad misteriosamente también lo contrario. Es decir, que Dios desea al hombre, Dios nos desea, hermanos, el día que nos demos cuenta de esto, que en el corazón de Dios hay un profundo deseo para mí, de mí, el mundo será diferente, completamente diferente. Esto significa **renacer de nuevo, renacer del Espíritu**.

Una señal característica del amor matrimonial son los celos, y también se dice en la Biblia que nuestro Dios es un Dios celoso. En el hombre los celos son indicio de debilidad, porque el hombre o la mujer tienen miedo de que otra persona más fuerte o más bella pueda arrebatarse el corazón de la persona amada, por lo tanto en el hombre o en la mujer es un signo de debilidad, de imperfección. En Dios, no. Dios teme, no por Sí, sino por su criatura; no teme por su propia debilidad, sino por la de su criatura. Sabe que dejándose caer en brazos de los ídolos, la criatura se entrega a la mentira y a la nada. La idolatría en todas sus formas es el terrible rival de Dios en toda la Biblia. **Los ídolos son los falsos amantes**. Los celos de Dios son signos de amor, por lo tanto, y de fervor, no de imperfección.

Ante este insondable misterio del amor de Dios, hermanos, se entiende el estupor del salmista cuando se pregunta: “Pero, ¿qué es el hombre, oh Dios, para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que te cuides tanto de él?”

La contemplación del amor de Dios a lo largo de la Biblia es además la más perfecta escuela para aprender a amar también nosotros. Si el amor humano sirve de símbolo del amor de Dios, ¡el amor de Dios sirve de modelo al amor humano! **Observando cómo es el amor de Dios: fuerte, tierno, constante, gratuito, se descubre como tiene que ser el amor humano: cómo debe amar un padre, cómo debe amar una madre, cómo deben amarse los esposos, cómo se debe amar a Dios y cómo se debe amar al prójimo.**

Y ahora pasamos al segundo texto, de los tres textos de S. Pablo que tienen que guiarnos en este camino de descubrimiento del amor de Dios. Se encuentra en el cap. Quinto de la carta a los Romanos y dice:

“Justificados ahora por la fe, estamos en paz con Dios por obra de Nuestro Señor Jesucristo, pues por Él tuvimos entrada a esa situación de gracia en que nos encontramos y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de Dios. Más aún, estamos orgullosos también de las dificultades, de las tribulaciones, sabiendo que la dificultad produce entereza, la entereza calidad, la calidad esperanza y esa esperanza no defrauda porque EL AMOR DE DIOS HA SIDO DERRAMADO EN NUESTROS CORAZONES POR EL ESPÍRITU SANTO QUE NOS HA DADO.”

Ahora, ya no se dice que nosotros somos simplemente amados de Dios, sino que ¡el amor de Dios ha sido incluso derramado en nuestros corazones! Ahora se trata de acoger sencillamente la nueva desconcertante revelación: el amor de Dios se ha establecido en medio de nosotros, ahora está en nuestro corazón. En el pasado, a pesar de todo, se interponía en el amor de Dios dos o tres muros de separación que impedían la plena comunión con Dios: el muro de la naturaleza, por ejemplo, porque Dios es Espíritu y nosotros somos carne; segundo muro, el pecado; el tercer muro, la muerte. Jesús ha destruido todos estos muros y ahora nada impide que el amor de Dios pueda llegar y quedarse en medio de nosotros. Nace así en nosotros un sentimiento nuevo, no solamente una idea nueva, sino un sentimiento nuevo, extraordinario, que es el sentimiento de posesión. Nosotros poseemos el amor de Dios o aún mejor: **estamos poseídos por Él.** Es como cuando un hombre después de haber intentado durante años procurarse un objeto del que está particularmente encariñado, o una obra de arte por la que tiene gran admiración y haber temido varias veces perderla irremediablemente, de repente una tarde puede llevársela a casa y cerrar tras de sí la puerta. Incluso, si por alguna razón tuviera que pasar meses y años antes de poder abrir la envoltura y contemplar cara a cara el objeto tan deseado, ahora es ya una cosa totalmente diferente, ¡él sabe que ese objeto es suyo y que nadie podrá quitárselo!

Pero, hermanos, **¿qué es este amor que ha sido derramado en nuestro corazón en el Bautismo? ¿Es simplemente un sentimiento de Dios hacia nosotros?** Es mucho más, algo REAL, no solo intencional, es literalmente EL AMOR DE DIOS, o sea, el amor que hay en Dios, ¡el mismo fuego que arde en la Trinidad y del que somos partícipes en forma de inhabilitación del Espíritu Santo en nuestra alma! **“Mi padre, dice Jesús, lo amaré y los dos vendremos a él y viviremos con él.”** Nosotros nos convertimos en partícipes de la naturaleza divina, es decir, partícipes del amor divino, porque la naturaleza divina, se sabe, es el amor, ¡Dios es amor!

La palabra de Pablo: “EL AMOR DE DIOS HA SIDO DERRAMADO EN NUESTROS CORAZONES” no se comprende a fondo más que a la luz de la Palabra de Jesús en el Evangelio de Juan: **“Para que el amor que Tú me has tenido, decía Jesús, esté con ellos y también Yo esté con ellos.”** ¿Entendéis bien? “Para que el amor que Tú me has dado a mí, Jesús tu Hijo esté con ellos”. El mismo amor, no otra clase de amor, ¡el mismo! El que ha sido derramado en nosotros es el mismo con que el Padre desde siempre ama al Hijo, no un amor diferente, ¡es un desbordamiento del amor divino de la Trinidad hacia nosotros! **“Dios comunica al alma,** dice S. Juan de la Cruz, **¡el mismo amor que comunica al Hijo!”** El hijo que no ve amarse a sus padres se siente infeliz en la vida. El hijo, por lo tanto, no quiere ser amado con un amor diferente y aparte, sino que quiere ser admitido en el amor con que su padre y su madre se aman entre sí, sabiendo que de ahí ha tenido él su origen, ha nacido de este amor, y si el amor mutuo del padre y de la madre se destruye es como si su fundamento se destruyese.

Y ahora, aquí la gran revelación, pasando del plano humano al divino: **las Personas de la Trinidad,** nuestros Padres, por así decirlo, **se aman entre Sí con un amor infinito y ellas nos admiten a gozar de su amor.** ¡Esta es la vida eterna! ¡Nos admiten al Banquete de la vida donde sacia a sus elegidos con la abundancia de su Casa! ¡Les sacia su sed en el torrente de sus delicias!, dice un Salmo.

En el Antiguo Testamento, Dios suscitó a los profetas para hablarnos de su amor y ahora en la Iglesia tenemos a los profetas, por supuesto, pero tenemos también a los santos, los místicos, que son como los grandes profetas, los amigos del Esposo, encargados de traernos a nosotros la Buena Noticia ¡que Dios nos quiere! Nadie sabría convencernos del hecho de que hemos sido creados por amor, mejor que lo hace Santa Catalina de Siena, por ejemplo, en esta inflamada plegaria a la Trinidad: “¿Cómo creaste, pues, oh Padre Eterno, a esta criatura tuya?”, se pregunta Santa Catalina. “Me deja fuertemente asombrada esto, veo en efecto como Tú me muestras que no la creaste por otra razón que ésta: con tu luz te viste constreñido por el fuego de tu caridad al darnos el ser, no obstante las iniquidades que íbamos a cometer contra Ti, oh Padre Eterno ¡el fuego, pues te constriñó! ¡Oh amor inefable, aún viendo con tu luz todas las iniquidades que tu criatura iba a cometer contra tu infinita Bondad, Tú hiciste como quien no quiere ver, pero detuviste tu mirada en la belleza de tu criatura, de la cual como loco y ebrio de amor (se habla de Dios) te enamoraste y por amor atrajiste hacia Ti, dándole existencia a la imagen y semejanza tuya! ¡Tú Verdad eterna, me has declarado tu Verdad, a saber que el amor te constriñó a crearnos!

Ahora, **la tercera palabra que Pablo pronuncia en torno al amor de Dios.**

Es una palabra existencial, nos devuelve a esta vida, del esplendor de la Trinidad a esta vida, incluso al aspecto más cotidiano y más realista de esta vida, al sufrimiento. El tono del discurso se eleva de nuevo y se conmueve, se hace pneumático, espiritual. Dice en el cap. Octavo de la carta a los Romanos:

“Pero todo eso, (está hablando de sufrimiento, tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez. . . Cuando la Palabra de Dios habla de DESNUDEZ habla de desnudez obligada por otros, no la desnudez que uno se procura a si mismo), **no puede separarnos del amor de Dios.”** ¡Hay una desnudez que puede separarnos del amor de Dios y es necesario recordarlo hoy en día! **Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó, porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes ni**

alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios presente en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

S. Pablo, hermanos, nos indica un método para aplicar a nuestra existencia concreta, la luz del amor de Dios que hemos contemplado hasta aquí. Los peligros y los enemigos de Dios que él enumera son los que de hecho él ha experimentado en su vida, no son una lista imaginaria, son los peligros que él ha encontrado y de los que habla en la segunda carta a los Corintios, por ejemplo. Son experiencias vividas por él. Él repasa mentalmente todas estas experiencias del pasado y constata que ninguna de estas experiencias es tan fuerte como para resistir ante el pensamiento del amor de Dios. Lo que parecía insuperable, aparece a esta luz como algo de poca monta. Implícitamente, S. Pablo nos invita a hacer lo mismo, a observar nuestra vida tal como se presenta, a desvelar los miedos que anidan en ella, la tristeza, los complejos de inferioridad, ese defecto físico o moral que no nos deja aceptarnos serenamente a nosotros mismos. . . y a exponer todo esto a la luz del pensamiento de que Dios nos ama. Pablo me invita a preguntarme: ¿qué es lo que en mi vida trata de vencerme?

Después de su vida personal, el apóstol para en la segunda parte del texto que hemos leído, a considerar el mundo que lo rodea. También aquí observa “su mundo”, el mundo de su tiempo, son los poderes que en aquel tiempo lo hacían amenazante: la muerte con su misterio, la vida presente con sus halagos, los poderes astrales y los infernales que inspiraban tanto terror al hombre antiguo. . .

También nosotros somos invitados a hacer lo mismo hoy. Muy sencillamente, a mirar con los ojos nuevos que nos ha dado la revelación del amor de Dios, el mundo que nos rodea y que nos produce miedo, todos estamos llenos de miedos...; los jóvenes, miedo al otro sexo, miedo al futuro, miedo a no encontrar trabajo, miedo a morir. Lo que Pablo denomina la altura y el abismo son para nosotros ahora el acrecentado conocimiento de las dimensiones del cosmos, lo infinitamente grande por arriba y lo infinitamente pequeño por abajo, es decir: ¡el universo y el átomo! Todo está como a punto para aplastarnos, el hombre es pequeño y está sólo en el universo que es mucho más grande que él y que además se ha convertido mucho más amenazante con frecuencia por sus descubrimientos científicos.

Sin embargo, nada de todo eso puede separarnos del amor de Dios. Dios que me ama, ha creado todas estas cosas y las gobierna firmemente con su mano, ¡las tiene en su mano! **“Dios es nuestro refugio, podemos decir con el salmo 46, y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro, por eso no tememos aunque cambie la tierra y los montes se desplomen en el mar.”** ¡Qué diferente es esta visión de aquella otra desconocedora del amor de Dios, que habla del mundo como de un hormiguero que va resquebrajándose y del hombre como de una pasión inútil!, son todas definiciones del hombre dadas por filósofos modernos, o una generación como una ola sobre la playa del mar borrada por la ola siguiente, por la generación siguiente.

Cuando habla del amor de Dios y de Jesucristo, S. Pablo se muestra siempre conmovido: **“Me amó y se entregó por mí”**, dice una vez. Con esto él nos indica cuál debe ser la primera y más natural reacción que debe nacer en quienes hemos vuelto a escuchar la revelación del amor de Dios. Tiene que ser **la conmoción**. Cuando es sincera y surge del corazón, la conmoción es la respuesta más elocuente y más digna del hombre ante la revelación de un gran amor o de un gran dolor. Ninguna palabra o gesto o don puede sustituirla, puesto que es ella el don más preciado. Cuando vosotros desveláis un

sufrimiento, una experiencia íntima a una persona, esta persona puede reaccionar con un mar de palabras, decir muchas cosas, muchas palabras de consolación, ¿no ha entendido nada! . . . Pero si vosotros veis en sus ojos lágrimas, decís: ¿Ha entendido todo!

La conmoción es un abrir el propio ser al otro, por eso con respecto a la conmoción se tiene un cierto pudor, como respecto a las cosas más íntimas y sagradas. No puede esconderse la conmoción por completo a la persona porque es suya, le pertenece, ¿ha nacido para él! **Jesús se conmovió profundamente ante la viuda de Naím y ante las hermanas de Lázaro**, en el Evangelio. Por lo demás, la conmoción nos hace bien, sobre todo a nosotros que en este itinerario, incluso en estos días, queremos disponernos a ser santos, a abrazar el camino de la santidad. Cuando Dios quiere dar a una persona una Palabra importante, una vocación en su vida, le concede habitualmente también una cierta conmoción para acogerla.

Y ahora, **el Salmo 136**, hermanos, nos ayuda a concluir en oración de agradecimiento ante esta meditación del amor de Dios para nosotros. Fue recitado este salmo por Jesús, en la Última Cena, es una larga letanía de títulos y gestos de Dios en favor de su pueblo, y en cada uno de estos títulos y gestos el pueblo, está invitado a responder con el estribillo: **“¿Porque es eterno su amor!”** Podemos continuar este salmo ahora añadiendo el recuerdo de los beneficios antiguos de Dios, la salida de Egipto, el maná, el Sinaí. . . , los nuevos beneficios de Dios. Nos ha enviado a su Hijo, **porque eterno es su amor**, nos ha dado su Espíritu, **porque eterno es su amor**, nos ha llamado amigos, **porque eterno es su amor**, nos ha llamado aquí este día, **porque eterno es su amor**, y AMEN.